

Rosa era una amante incierta.

La primera razón era su matrimonio. Siempre pensó en él como un nudo que no quería deshacer, ni cortar, ni quemar. No suelo prenderme de ese tipo de personas, pero —encontramos aquí la razón contrapuesta— Rosa era también gloriosamente apasionada.

Rosa era una historia atípica.

Dispongamos los ingredientes para el cóctel del absurdo. Aquí tenemos a un superior con barba, treinta y pico, traje impoluto, tiempo para el gimnasio, ningún compromiso y nada de las cuatro premisas anteriores. Combinar con secretaria sin mucha experiencia, cuerpo de pajarillo, pechos desproporcionados y deseo de éxito. Agitar bien y añadir polvos rápidos sobre la mesa del despacho.

Al comienzo de nuestras valentías, ni Rosa era una novata en su trabajo ni yo llevaba barba alguna. Es más, se podría deshojar toda la rama hasta quedar con un simple esqueleto. Superior. Secretaria. Me temo que tal desnudez es necesaria y que no puedo ni conceder los polvos sobre la mesa del despacho. Quitando el hecho de que nadie comprende lo incómodo que es hacer el amor encima de una mesa hasta que lo prueba, éramos muy profesionales fuera de nuestras reuniones, lo que ambas agradecíamos. Se trataba, de hecho, de una aventura, y no solo en el sentido romántico de la palabra. Cargábamos nuestras almas hasta que no podíamos más, y explotábamos poco después de cerrar la puerta. La búsqueda de la satisfacción sexual de esos exitosos, maduros, heterosexuales jefes en sobar los hombros, recorrer las caderas o posar la mano en el culo de una empleada como si estuvieran en su total derecho me provoca tanta aversión como lástima. Son aquellos que no saben de más placer que la penetración mientras sus esposas fingen el orgasmo cuando a ellos les alcanza, para que no se sientan vulnerables. Pero eso no es hacer el amor. Eso es la mesa del despacho frente a una cama con jazz de fondo y champán en la mesita de los que saben de hecho cómo disfrutar de su cuerpo.

Cuando encontré a Rosa, encontré pelo castaño, piel clara y una pregunta. Me pregunté cuánto llevaba atendiendo llamadas ante el despacho de Julián. En los segundos que tardó en anunciarme, resolví que la había visto desde hacía mucho tiempo, pero que nunca la había mirado. Y me había perdido algo digno de contemplación.

Rosa tenía la figura de una diosa del Renacimiento: todas sus formas eran redondeadas, de pómulos a muslos. Sus ojos, de color bronce, almendrados, intensos, venían del cielo, o del infierno, pero no podían ser del mismo lugar del que habían salido el resto de mortales. Dichosos mis ojos cuando se encontraban con ellos. Dichosas las miradas de reojo que empezaron en esas semanas en las que mis visitas a Julián se hicieron más frecuentes. Dichoso el momento en el que las dos dejamos de vernos para empezar a observarnos.

Era más que obvio que algo estaba pasando entre las sonrisas de cortesía antes de pasar al despacho donde yo escuchaba y acusaba silenciosamente, pero no fue hasta que me miró por encima de una carpeta aburridamente industrial cuando me di cuenta de que, por la salud mental de las dos, teníamos que hacer que fuera a más. El imperio de prostitución, drogas y dinero sucio que Julián escondía detrás de su impoluta compañía desapareció de mi mente durante unos segundos. Esa mirada fue un beso en los labios un sábado a las dos de la mañana.

La segunda vez que nos besamos, llevaba un vestido negro y una flor sintética en el moño del que salían mechones rizados. Los labios, de un rojo exultante, rimaban con la rosa. Era la fiesta de jubilación de Ernesto, que dejaría una suculenta plaza en Marketing, y todos llevábamos encima algo de alcohol más de la cuenta. Fue una noche memorable —Ernesto sabía cómo hacer su trabajo— excepto por la parte en la que un directivo con más o menos los mismos Martinis que años alejado de la treintena empezó a ser demasiado cercano con Rosa. No llegó a nada serio, pero escuchar como ella se separaba de él diciendo con algo más de insistencia de la que se consideraría dentro del límite de lo normal que estaba casada, provocó que me limpiara la humedad de los labios con la lengua, y con una copa en la mano derecha y el escote lo suficientemente sugestivo para que él cambiara de curvas, lo amenazara con el despido en calidad de jefa de personal.

Aquel beso, mientras Rosa cerraba la puerta del taxi, fue más largo. A la poca luz de la farola que entraba en el coche, sus ojos brillaban como los de un gato. Aquel beso tuvo algo de camisas arrancadas y dedos recorriendo la espalda.

Después, comenzamos a tener sexo por encima de los cafés de la máquina expendedora. Solo en los descansos, solo cuando todos veían pero nadie miraba. Y después, volvíamos a la realidad. Julián, el jefe, el criminal, el asesino, sabía que iba detrás de él, pero no creía que pudiera hacer nada. Yo estaba dispuesta a todo. Estaba dispuesta a tanto por acabar con aquello que le pedí ayuda a Rosa.

Rosa Vélez y Eloísa Arroyo, a los ojos de todos los demás, eran solo amigas del trabajo, las dos morenas, la una más baja que la otra, la una desapercibida, la otra, el amor secreto de la mitad de la oficina. Nada menos y tanto más.

Por ese tanto más, Rosa ni siquiera preguntó dos veces cuando le pedí tenerme informada de cualquier entrada extraña en la agenda de Julián, y gracias a ella, pude cercar la cuerda en torno al cuello de aquel al que había servido tanto en su impoluta compañía como en su imperio de prostitución, drogas, y dinero sucio. Rosa fue la única persona en la compañía, aparte de mí, que sospechó lo de Julián, y tengo que atribuirme el mérito de eso. Rosa vio roto el espejo en el que había construido su vida tranquila como secretaria con buena paga en una buena empresa con sede en Madrid, y le afectó como si la pedrada la hubiese recibido ella y no el cristal. Solo nos distanciábamos del mundo real por encima de aquel café que ya no sabía igual si no hablábamos de temas banales mientras nos amábamos con la mirada.

Su marido, cuyo nombre ni intentaré esforzarme en recordar, decidió que había algo en España que la estaba distrayendo de sus devociones hacia él, y decidió llevarla a la ciudad del amor y de las luces para hacerle recordar su

umbría ibérica. Sin embargo, aquello no salió como él planeaba, ya que intentar tener sexo solo para saciar apetitos animales después de un día de visitar monumentos en el que se ha intentado revivir una chispa agonizante no funciona tan bien como en las películas, y Rosa, después de una discusión a gritos, que sí suelen seguir bastante bien el esquema de Hollywood, cogió su chaqueta y dejó al macho ibérico con la camisa medio desabrochada.

Paris, mon amour, que je t'aime. Llegué a ti ese fin de semana persiguiendo a uno de los hombres de Julián, y me diste la mejor noche de entre todas las que ocurrieron bajo tus tejados. Encontré a Rosa llorando junto al Sena, y no hizo falta ninguna pregunta cliché de guion romántico. Solo tuve que mirarla. Después dijo que era tonta un par de veces mientras tomábamos un café a las once de la noche y me contó lo que había pasado. Más tarde, subimos a mi habitación a tomar otro café, el que nadie más podría preparar. Rozar por primera vez sus labios fue una descarga. Las respiraciones agitadas nos llenaron por un largo instante. En el segundo instante nos sacudieron. Al tercero, me devolvió la caricia, lenta, casi caprichosamente. Solo nos separamos horas después, cuando Rosa decidió volver a su hotel de tres estrellas. Me puso la nariz en los labios y la boca en el cuello, y susurró que tenía que hacerlo. Quería a su marido. No como me quería a mí, pero no iba a dejarlo. Gemí, y dejé que se vistiera. Se pueden contar con los dedos de una mano las personas que me han hecho gemir de esa manera.

El siguiente mes fueron idas y venidas, sexo sobre nuestros cafés y sexo en mi cama, y películas de los cincuenta, y los ojos de Rosa. Nadie nunca encontró nuestros encuentros en Madrid.

Ahora, mientras vuelo hacia Gran Canaria, sé que no va a haber otro café, otra película, otra mirada de pasión. Sabía que era cuestión de tiempo que Julián decidiera darme estas vacaciones, y también sé que no va a haber avión de vuelta.

Rosa, ese pendrive que encontraste en tu bolsillo izquierdo no es la filmografía completa de Ava Gardner. Te dejé una nota diciéndotelo. No se lo cuentes a nadie hasta que alguien te pregunte. Dirán que es de parte de Martínez. Es un nombre tan común que creerás que es falso.

Rosa, te quiero. Rosa, no me perdones.